

EL ROSTRO HUMANO DE DIOS

25 de Diciembre de 2016

Evangelio según JUAN 1, 1-18

Al principio ya existía la Palabra y la palabra se dirigía a Dios y la Palabra era Dios. Ella al principio se dirigía a Dios.

Mediante ella existió todo, sin ella no existió cosa alguna de lo que existe.

Ella contenía vida y la vida era la luz del hombre: esa luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la ha apagado.

Apareció un hombre enviado de parte de Dios, su nombre era Juan; éste vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, de modo que, por él, todos llegasen a creer. No era él la luz, vino sólo para dar testimonio de la luz.

Era ella la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre llegando al mundo.

En el mundo estaba y, aunque el mundo existió mediante ella, el mundo no la reconoció. Vino a su casa, pero los suyos no la acogieron.

En cambio, a cuantos la han aceptado, los ha hecho capaces de hacerse hijos de Dios: a esos que mantienen la adhesión a su persona; los que no han nacido de mera sangre derramada ni por designio de un mortal ni por designio de un hombre, sino que han nacido de Dios.

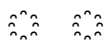
Así que la Palabra se hizo hombre, acampó entre nosotros y hemos contemplado su gloria - la gloria que un hijo único recibe de su padre-: plenitud de amor y lealtad.

Juan da testimonio de él y sigue gritando:

- Éste es de quien yo dije: «El que llega detrás de mí estaba ya presente antes que yo, porque existía primero que yo».

La prueba es que de su plenitud todos nosotros hemos recibido: un amor que responde a su amor. Porque la Ley se dio por medio de Moisés; el amor y la lealtad han existido por medio de Jesús Mesías.

A la divinidad nadie la ha visto nunca; un Hijo único, Dios, el que está de cara al Padre, él ha sido la explicación.



No recuperaremos los cristianos el vigor espiritual que necesitamos en estos tiempos de crisis religiosa, si no aprendemos a vivir nuestra



adhesión a Jesús con una calidad nueva. Ya no basta relacionarnos con un Jesús mal conocido, vagamente captado, confesado de manera abstracta o admirado como un líder humano más.

En Jesús ha ocurrido algo desconcertante. Juan lo dice con términos muy cuidados: «la Palabra de Dios se ha hecho hombre». Dios se nos ha querido comunicar, no a través de revelaciones o apariciones, sino encarnándose en la humanidad de Jesús. No se ha "revestido" de carne, no ha tomado la "apariencia" de un ser humano. Dios se ha hecho realmente carne débil, frágil y vulnerable como la nuestra.

Los cristianos creemos en un Dios que podemos encontrar en un ser humano como nosotros. Para relacionarnos con él, no hemos de salir de nuestro mundo. No hemos de buscarlo fuera de nuestra vida. Lo encontramos plenamente en Jesús.

Esto nos hace vivir la relación con él con una profundidad única e inconfundible. *Jesús es para nosotros el rostro humano de Dios.* En sus gestos de bondad se nos va revelando de manera humana cómo es y cómo nos quiere Dios. En sus palabras vamos escuchando su voz, sus llamadas y sus promesas. En su proyecto descubrimos el proyecto del Padre. Por eso dice Juan que Jesús está «lleno de gracia y de verdad».

Y Dios está, si me preguntas dónde,
En el amor de todos los que sirven,
en las manos que curan y acarician,
en el brazo que ayuda y que protege,
en la boca que grita la justicia.

Y Dios está en todo el que combate
por la verdad, la libertad, la paz.

Dios está en el que sueña mundos nuevos,
y el que siembra semillas de futuro,
abiertos al Espíritu de fuego.

La marginación y la exclusión social, vicios de nuestras sociedades modernas, ponen en peligro todos los proyectos sociales. El modelo económico y social, que da por supuesto una determinada tasa de parados (que se considera económicamente «buena»), así como un porcentaje de pobreza inevitable, es un modelo de desarrollo insostenible económicamente e insostenible socialmente.

Lectura de la carta a los HEBREOS 1,1-6

En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los Profetas.

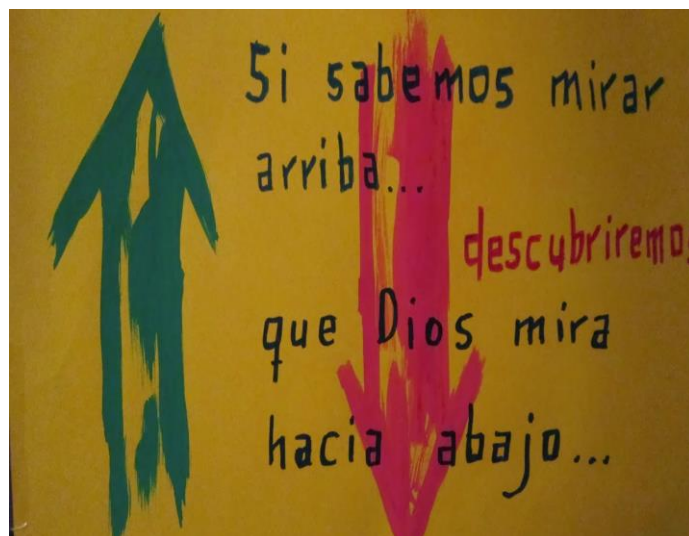
Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado, heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo.

Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa.

Lectura del libro de ISAÍAS 52,7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes
los pies del mensajero que anuncia la paz,
que trae la Buena Nueva,
que pregona la victoria,
que dice a Sión: «Tu Dios es Rey»!
Escucha: tus vigías gritan,
cantan a coro,
porque ven cara a cara al Señor,
que vuelve a Sión.

Romped a cantar a coro,
minas de Jerusalén,
que el Señor consuela a su pueblo,
rescata a Jerusalén:
el Señor desnuda su santo brazo
a la vista de todas las naciones,
y verán los confines de la tierra
la victoria de nuestro Dios.



«Sin tí, no somos nosotros» estas palabras subrayan la necesidad y *urgencia* de hacer sitio en nuestra sociedad a los excluidos. Mientras no tengan su sitio, el lugar que les corresponde, entre nosotros, no podemos quedarnos tan tranquilos como si eso nada tuviese que ver con nosotros. Porque todos nosotros quedamos a la intemperie, con nuestros fallos al descubierto. La dignidad del otro, de todos los otros excluidos del sistema y por sistema, pone en evidencia la debilidad del mismo, que, por una parte, presume de la declaración y vigencia de los derechos humanos, como ley suprema e inquebrantable y, por otra, impide a todos los excluidos el ejercicio de sus derechos fundamentales.

Para reflexionar

-¿Reconocemos a Dios en Jesús?

-¿Cómo afecta esto a mi vida?